



Una mirada ensoñadora a la historia de la biología

La publicación de “La ladrona de coral” (Duomo) la confirma como una de las narradoras que mejor han conseguido conectar la historia de la ciencia con el gran público, sin echar agua al vino. Aventura, intriga y reflexión sobre un momento crucial en la biología se amalgaman en esta seductora novela.

texto SABINA FRIELDJUSSÉN foto MARTA CALVO

Rebecca Stott es una licenciada en Lengua e Historia del Arte que ha conseguido el difícil equilibrio de urdir novelas con gancho para un público amplio y a la vez mantener una minuciosa documentación histórica e introducir un tema que le fascina: la historia de la ciencia. Con un inconfundible toque *British*, esta escritora que vive en Cambridge (cuenta que cada semana va a remar al río con una tripulación de mujeres) nos adentra en los recovecos del París de principios del XIX, cuando los primeros evolucionistas vivían en las catacumbas azuzados por el poder académico, religioso y político. Un joven investigador inglés formado en los patrones científicos clásicos llega a la tumultuosa ciudad y, a la primera de cambio, una bella y enigmática mujer le roba sus notas y sus muestras de coral. Él cree que ha perdido algo muy importante pero lo que va a encontrar es mucho más valioso: una nueva teoría sobre el funcionamiento de la vida, aunque la aventura no va a estar exenta de peligros.

Calle Darwin, Avenida Lamarck
¿Qué le parece que, dos siglos después, todavía haya quien niegue a Darwin?

Hay científicos que han sido capaces de reconciliar la evolución con sus creencias religiosas viendo ciertas partes de la Biblia sobre la creación como metáfora en uno u otro sentido, o afirmando que Dios creó la Tierra de acuerdo a una serie de leyes fijas que continúan operando. Pero, para los fundamentalistas –cristianos o islámicos– que han crecido en la creencia que de cada palabra de la Biblia es absolutamente verdadera, la evolución es errónea porque contradice a la Biblia o el Corán. Personalmente, pienso que el fundamentalismo en todas sus formas es reduccionista y peligroso.

Aunque Lamarck abrió camino, se terminó demostrando que los cambios no se heredan y Darwin dio con la respuesta correcta a la evolución. ¿Por qué se empeñan en París en que la calle Darwin sea un pasaje corto y estrecho, y la de Lamarck larga y ancha?

Sí, eso es divertido. Yo sospecho que no es algo deliberado, pero todos tenemos nuestros héroes nacionales. Lamarck fue olvidado durante mucho tiempo. Sus huesos estuvieron enterrados en una fosa común sin marcas, pero después se lo rescató del olvido. Hay una cierta justicia en eso. Y algunos científicos evolucionistas ahora creen que Lamarck estuvo más acertado de lo que se había juzgado con anterioridad.

Nos hace ver en la novela que el evolucionismo fue, además de una revolución científica, una revolución social: “Un acto de destronamiento”. ¿La evolución científica es también una conquista social?

Creo que los significados de algunas de las más grandes nuevas ideas de la ciencia las ha proporcionado la propia gente. Eso es lo que encontré tan interesante a la hora de estudiar el París de ese periodo. Los científicos descubrían todos esos eslabones entre unas especies y otras a través del estudio de los huesos y la estructura de los animales, pero no estaban seguros de qué significaba todo aquello. La joven vanguardia científica interpretó las ideas de Lamarck en el sentido de que todas las cosas eran iguales y aspiraban al bien mayor, y, por tanto, las estructuras sociales y religiosas que mantenían todo en su lugar e impedían “la marche”, como Lamarck lo llama, eran contra natura. Encuentro fascinante que los jóvenes estudiantes de medicina más radicales de esa época usaran la nueva ciencia para justificar su fe en la meritocracia.

En su libro, los evolucionistas dicen que hay que quemar los libros antiguos para avanzar hacia el futuro. A los científicos les cuesta romper con la tradición... En la literatura, ¿hay que hacer también algo parecido?

Creo que sí. Soy una entusiasta de romper con las tradiciones y buscar nuevas formas e ideas que le vengan bien a nuestro tiempo o nos ayuden a entender mejor nuestro mundo. Necesitamos evolucionar como personas, pero también necesitamos asegurarnos de que nuestras formas culturales evolucionen al mismo tiempo.

Usted mezcla la documentación histórica, la información científica

ca y la intriga de aventuras con el elemento romántico. ¿Era su objetivo esa difícil conexión entre la alta literatura y la literatura popular?

¡Lo era! A mí realmente me gustan las películas de atracos, films de Hollywood como *Ocean's Eleven* y los europeos de los 1950 como *Rififi*. Me daba por satisfecha si era posible coger un argumento de ese tipo, tras-

tura. En España utilizamos la expresión “ser más aburrido que una ostra”. ¿Qué le impulsó a escribir hace unos años una historia cultural de las ostras?

¡Que no era en absoluto aburrida! Mi pequeño libro me llevó a los orígenes evolutivos de la ostra. Especulé con lo que sucedería en aquel momento, cuando los humanos intentaron comérselas por pri-

“Encuentro fascinante que se usara la nueva ciencia para justificar la meritocracia.”

ludarlo al pasado e introducir en él cierto material intelectual, histórico y filosófico. Sabía que asumía riesgos, porque una historia de ladrones ha de moverse realmente deprisa, así que pedirle al lector que pensara en ideas complejas durante ese trayecto podría haber hecho que el ritmo se viniera a bajo. Tuve que trabajar mucho el texto para lograr un buen equilibrio entre el avance de la narración y las ideas.

Animales muy reveladores

¿Podría decirse que su mirada a la Francia de la época de la Revolución es desmitificadora?

Yo quería meterme allí dentro y ver qué habría podido sentir una persona joven recorriendo las calles, conversando y observando lo que sucedía en el meollo de la ciudad. Es algo que la ficción puede hacer y que los libros tradicionales de Historia no pueden. Esto ayuda a visualizar la complejidad y la efervescencia de ciertos periodos cruciales de la historia.

Se mueve entre la ficción y la narrativa de no ficción. ¿No corría el riesgo de decantarse hacia el exceso de información o, por el contrario, de introducir demasiadas licencias?

Siempre es un riesgo, pero me gusta experimentar. Sientes que es posible revelar algo nuevo en esa frontera entre ficción y no ficción.

Ha escrito varios libros a caballo entre la ciencia, la historia y la cul-

tura. Entonces descubrí pilas de restos de ostras a lo largo de todo el mundo que probaban justamente la cantidad de ostras que comían nuestros antepasados. ¡Los romanos las importaron incluso a través de los Alpes! La gente aprendió a criarlas y en el siglo XIX por primera vez pasaron de ser comida de pobres a ser comida de ricos. Si tomas cualquier animal y lo estudias en relación a las historias humanas, te revela todo tipo de sorprendentes conocimientos. La historia humana está totalmente enredada con la historia de los animales.

¿Ha encontrado en España algo que pueda interesarle de cara a escribir uno de sus libros de no ficción narrativa?

Me encanta España, es mi país europeo favorito. Hice un viaje a través del norte de España con un buen amigo hace algunos años. Fuimos siguiendo la Costa de la Muerte justo después del enorme vertido de petróleo del *Prestige* y hablamos con los pescadores y la gente de allí. Tenían la mirada perdida en el mar, se daban cuenta de que pasarían años antes de que su costa volviera a recuperarse otra vez. Me enamoré de esos mares y del drama de ese litoral. Me gustaría volver a recorrer la ruta otra vez sin el olor a petróleo metiéndose en mis pulmones y sin la sensación de tristeza de la gente de allí. Me gustaría ver cómo se ha recuperado. ■



La ladrona de coral
Rebecca Stott
Duomo
318 págs. 21 €.